Los Papeles de Monsanto

El escándalo del caso Roundup

convivencias 59

Gilles-Éric Seralini
en colaboración con **Jérôme Douzelet**

LOS PAPELES DE MONSANTO

El escándalo del caso Roundup

Prólogo a cargo de
Vandana Shiva

Octaedro

Colección Con vivencias
59. *Los Papeles de Monsanto. El escándalo del caso Roundup*

Título de la edición original: *L'Affaire Roundup à la lumière des Monsanto Papers* (Actes Sud, Arles, 2020)

Traducción al español: Luis Orueta Blanco

Primera edición: marzo de 2022

© Gilles-Éric Seralini, Jérôme Douzelet

© De esta edición:
Ediciones OCTAEDRO, S.L.
Bailén, 5 – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
octaedro@octaedro.com
www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19023-10-0
Depósito legal: B 5155-2022

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila
Corrección: Xavier Torras
Realización y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

El lector encontrará, en la pág. 151, un glosario con los términos que los fabricantes emplean habitualmente para inducir a error en el ámbito de los pesticidas.

En la pág. 157 tenemos también una lista de personajes que han desempeñado un papel importante en este asunto.

Finalmente, la pág. 167 cuenta con un código QR que da acceso a los documentos originales más relevantes citados en este libro.

PRÓLOGO

Defensa de nuestra alimentación, salud y libertad, pero también de la honestidad de la ciencia

La obra *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson (1962), nos alertó de los peligros de los pesticidas.

En décadas posteriores, la normativa sobre el impacto sanitario de los pesticidas fue evolucionando y avanzando —igual que hizo la investigación científica—, tal como ocurrió, más recientemente, con la normativa relativa a la evaluación de la bioseguridad de los organismos modificados genéticamente (OMG). Yo misma fui miembro del Comité de Expertos de las Naciones Unidas que estableció el protocolo de bioseguridad, de acuerdo con el artículo 19.3 de la Convención sobre la Biodiversidad.

Fue entonces cuando comenzaron los ataques contra la ciencia y los científicos.

Durante el transcurso de estas últimas décadas, se ha pervertido el significado de la palabra *ciencia* —que viene del latín *scire*, 'saber'—, a la cual se ha despojado de todo sentido y se la ha reducido a la nada. La búsqueda del conocimiento se ha ido reemplazando por los discursos de los «grandes defensores de la ciencia», a quienes la industria ha dado toda la información masticada. Su absoluta falta de conocimientos, supuestamente

avalados por multitud de «datos», se ha aceptado erróneamente como solución a los verdaderos problemas de la población mundial.

El libro del Dr. Gilles-Éric Seralini, un toxicólogo y científico de primer orden, y de Jérôme Douzelet, excepcional chef, jardinero y experto en «comida auténtica», es un toque de atención sobre los peligros de los venenos de nuestra alimentación. Es también una advertencia sobre las crecientes amenazas contra la salud y la seguridad públicas, la ciencia, el saber, la libertad y la democracia que tendrán lugar si la propaganda sustituye al saber y el Cártel del Veneno dirigido por Monsanto, ahora Bayer, empieza a controlar el suministro alimentario, la política gubernamental, las organizaciones reguladoras, la investigación científica y los medios de comunicación.

Este dominio tóxico de nuestra alimentación y nuestra agricultura acaba aniquilando los fundamentos mismos de la ciencia y la educación.

Sabemos que estas sustancias químicas son nocivas. Y hemos comprendido que los mercachifles de pesticidas niegan el perjuicio de sus actos y prosiguen en su afán comercial a cuenta de nuestra salud y de nuestras vidas.

Necesitamos una ciencia y unos científicos serios, sin vínculos con la industria ni intereses comerciales, a fin de evaluar los efectos sobre el medioambiente y la salud de los productos químicos y OMG presentes en nuestra alimentación. Y, obviamente, para velar por nuestra salud.

Por estas razones, la independencia de la ciencia, así como la autonomía e integridad de los científicos, son hoy en día una verdadera cuestión de vida o muerte.

Es un honor firmar el prólogo de este libro, dado que es un testimonio único de nuestra época narrado por el profesor Gilles-Éric Seralini, un investigador brillante que defiende y

practica la integridad de la ciencia frente a los ataques de Monsanto. Al final, su trabajo queda justificado gracias a la acción de los tribunales y a su dictamen sobre el vínculo entre el Roundup y el cáncer, además de las pruebas fehacientes de que Monsanto estaba detrás de todos los ataques sufridos por el profesor.

Este libro es un testimonio crucial de las conductas criminales del Cártel del Veneno y de la valiente labor del Dr. Seralini, que ha hecho una investigación honesta e independiente. Nos insta, a su vez, a proteger nuestros conocimientos, salud y libertades, actuales y futuros, contra los titanes de la agroindustria y sus venenos químicos, así como contra los gigantes farmacéuticos y tecnológicos. ¿La razón? Estos sectores tienden a una profunda mercantilización empresarial de nuestra agricultura, alimentación y sistemas sanitarios y científicos.

Yo creo que la ciencia se basa en la búsqueda de la verdad, de modelos y relaciones, especialmente en el ámbito de los seres vivos; es un proceso cognitivo, una conversación abierta, un diálogo con la naturaleza y la sociedad que ilumine nuestros conocimientos a través de la interconectividad, la integridad, la discusión, el debate, la amplitud de miras, la transparencia y la responsabilidad.

Estos son los motivos que en un principio me llevaron a ser científica y médica. Luego me empezó a atraer la ecología de la agricultura y la alimentación, coincidiendo con las tragedias de Punjab y Bhopal en la India.

Solo entonces me enteré de que el Cártel del Veneno había secuestrado la agricultura y todas las ciencias de la vida fabricando productos químicos para asesinar en los campos de concentración de Hitler.

Agrupadas bajo el nombre de IG Farben, estas compañías colaboraron con las grandes empresas norteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial. Mientras los ejércitos com-

batían, se creaban alianzas industriales, como Standard Oil e IG Farben, o MoBay[1] (Monsanto y Bayer), al otro lado del Atlántico, con el propósito de dar con nuevas maneras de aumentar los beneficios con venenos inicialmente fabricados para aniquilar a comunidades enteras.

Los científicos y los directivos de IG Farben, el Cártel de la Química, fueron juzgados en Núremberg por crímenes contra la humanidad. Y, a pesar de ello, el Cártel del Veneno ha proseguido con su ciencia tóxica para elaborar productos que matan. Tras la Segunda Guerra Mundial, tanto mi amado país como otros vieron cómo el armamento químico se convertía en compuestos agroquímicos y se imponía la agricultura industrial, irónicamente en nombre de la Revolución Verde.

Mi libro *La violencia de la Revolución Verde* surge de las investigaciones iniciadas tras los acontecimientos de 1984 en Punjab.[2] Monsanto, que hasta los años ochenta había sido tan solo una empresa de productos químicos, devino entonces la empresa líder de semillas modificadas genéticamente y de los pesticidas asociados a ellas, como el Roundup. Tomado erróneamente como el único glifosato que se podía utilizar, a pesar de contener venenos no declarados, el Roundup impregna estas semillas modificadas genéticamente. Y, en lugar de morir, las semillas desarrollan tolerancia al pesticida. Puse en marcha el proyecto Navdanya para abogar por unas semillas libres de derechos y promover una agricultura que no hiciera uso de este tipo de veneno.

El trabajo de investigación del profesor Seralini se centró, por un lado, en identificar las diferencias entre el Roundup y

1. Oficializado en 1954.

2. El Punjab se vio gravemente dañado por las acciones criminales de los independentistas y la subsiguiente represión. El régimen se tornó totalitario y la miseria se expandió.

lo que es o debería ser el glifosato, por un lado, y, por otro, en explicar la toxicidad del primero, el producto tóxico más vendido y usado del mundo —en granjas, campos, áreas de recreo, paseos urbanos, jardines públicos y escuelas—. Tras la introducción de los OMG con tolerancia a este herbicida, el uso del Roundup se multiplicó casi por quince, pasando de 51 millones de kilos en 1995 a cerca de 750 millones de kilos en 2014. Desde su introducción en 1974,[3] se han dispersado un total de 8600 millones de kilos de glifosato.

El trabajo de investigación del Dr. Seralini demuestra que el Roundup no es saludable, contrariamente a las afirmaciones de la publicidad de Monsanto y de todos sus portavoces. No solo contribuye a envenenar órganos vitales, sino también al aumento de los cánceres de mama. El Dr. Seralini y sus revelaciones han sido vilipendiados, en igual medida que mis investigaciones en la India sobre el algodón OMG denominado Bt. Los elevadísimos costes de las semillas OMG han llevado a muchos granjeros a la quiebra y al suicidio, una evidencia negada por los responsables en las publicaciones científicas y en otros medios de información.

Se orquestaron ataques contra la ciencia verdadera y los científicos independientes, como el Dr. Seralini. Su trabajo demuestra que el Roundup puede provocar enfermedades —entre ellas, el cáncer—, hecho corroborado por el Centro Internacional de Investigaciones sobre el Cáncer (CIRC)[4] y la Organización Mundial de la Salud (OMS). En todo el mundo, países o comunidades enteras han prohibido el Roundup y el glifosato.[5]

3. www.researchgate.net/publication/292944439_Trends_in_glyphosate_herbicide_use_in_the_United_ States_and_globally.

4. CIIC en español, IARC en inglés.

5. www.baumhedlundlaw.com/toxic-tort-law/monsanto-roundup-lawsuit/where-is-glyphosatebanned; www.carlsonattorneys.com/news-and-update/banning-roundup.

Miles de enfermos de cáncer han recurrido a la justicia. Los intentos iniciales de Monsanto por esconder su documentación interna han fracasado, gracias a una acción judicial que denuncia la ocultación de pruebas y que en inglés se conoce como *Discovery*. Posteriormente aparecieron los llamados «Papeles de Monsanto», que demostraron sin lugar para la duda que había sido Monsanto quien diseñara desde el principio los ataques contra el Dr. Seralini. Este libro abre los Papeles de Monsanto al escrutinio público.

Tanto el Dr. Seralini como yo misma fuimos blanco de las críticas de Henry Miller, profusamente citado en este libro. Como probaron los Papeles de Monsanto, los artículos de Henry Miller en la revista *Forbes* fueron escritos en connivencia con Monsanto. *Forbes* se vio obligada a retractarse de estos artículos, así como del que escribió con la trol Kavin Senapathy. Ella misma admitió que Monsanto se había servido de ella para difundir este sofisma: «Si estás a favor de la ciencia, estás a favor de los OMG. Si estás en contra de Monsanto, estás en contra de los OMG. Por lo tanto, si estás en contra de Monsanto, estás en contra de la ciencia». En sus propias palabras: «No obstante, me fui dando cuenta poco a poco de que había algo decididamente falso en el evangelio de los OMG. En agosto de 2017, *Forbes* retiró varios de mis artículos en coautoría cuando se descubrió que mi coautor había prestado su pluma a Monsanto».[6]

Durante tres décadas, he visto cómo crecía Monsanto, intentando meter sus sucias manos en la agricultura o en las semillas por medio de las patentes, incluso tratando de obligar a los agricultores a usar sus OMG y propagar, así, sus venenos. En 2016, organizamos un «Tribunal Monsanto» y una «asamblea

6. Kavin Senapathy, «Opinion: I Was Lured Into Monsanto's GMO Crusade. Here's What I Learned». undark.org/2019/06/27/Monsanto-gmo-crusade.

del pueblo» para hablar de los actos criminales que estaba cometiendo contra la naturaleza —los llamamos *ecocidios*—, los agricultores, los ciudadanos, la ciencia y los científicos, y contra la democracia.[7]

En 2018, Monsanto se desvaneció tras su venta a Bayer, pero sus crímenes no paran de reconocerse mundialmente. El nombre cambió, los delitos no.[8]

Para proteger la vida en la Tierra, la salud de las personas, la libertad e integridad de la ciencia, incluso el saber, hemos de seguir trabajando juntos por un futuro libre de esta falsa ciencia, que estimula una agricultura que nos recuerda a la guerra y que, a día de hoy, es responsable de una alimentación artificial que potencia las pandemias y las enfermedades.

Espero que este libro capital contribuya a una democracia sabia, que promueva una ciencia y unos científicos independientes en materias vitales como la alimentación, la salud, la vida y la muerte. Solo el conocimiento y la libertad pondrán fin a las reglas y los crímenes del Cártel del Veneno. De este modo, la salud se basará en el auténtico saber de agricultores de verdad, en una agricultura que cuide la tierra y en una alimentación de alto valor que dé sostén no solo a nuestro cuerpo, sino también a nuestras mentes.

Esta obra es un grito desesperado para detener el envenenamiento de nuestros cuerpos, el secuestro de nuestra ciencia y nuestro saber, de nuestra comunicación y democracia, un secuestro que se lleva a cabo para incrementar los beneficios de unas cuantas multinacionales y multimillonarios.

7. peoplesassembly.net/Monsanto-tribunal-and-peoples-assembly-report.

8. «Monsanto No More: Agri Chemical Giant's Name Dropped In Bayer Acquisition». www.npr.org/sections/thetwo-way/2018/06/04/616772911/monsanto-no-more-agri-chemical-giants-name-dropped-in-bayeracquisition.

Este libro invita a todos los ciudadanos y científicos —poco importa de dónde vengamos, quiénes seamos, lo que consigamos— a hacer acopio de sabiduría con vistas a abrir nuevos caminos para generaciones futuras. El Cártel del Veneno, una verdadera mafia de las patentes, no volverá a activar el mecanismo que nos haya de conducir a nuestra extinción convirtiéndose así como así en una organización criminal todavía mayor de negocios agrícolas, químicos, biotecnológicos, farmacéuticos, financieros internacionales y tecnológicos. O Monsanto o nosotros, solo puede quedar uno. De lo contrario, estaremos en peligro de desaparecer, como las abejas y las mariposas, los insectos y los pájaros, las plantas y los animales, todo por culpa de productos ideados y producidos con la intención primordial de matar.

Cada vez que damos un paso hacia nuestras raíces, guiados por la tierra bajo nuestros pies, nos acercamos a un estado de harmonía —con nosotros mismos y con la naturaleza—. Así, tendremos salud y libertad sin venenos, sin miedo a las enfermedades, las pandemias y la extinción. Un retorno a la Tierra también fortalecerá la libertad que anida en nuestras almas, alejados de una propaganda tóxica que pretende hacerse pasar por ciencia.

Este libro nos permite vislumbrar un futuro sin productos tóxicos.

DRA. VANDANA SHIVA



Ilustración inédita de Chaunu, 2020.

© Emmanuel Chaunu.

Se sube el telón

Donde comprendimos la magnitud de la tormenta desencadenada por la naturaleza de nuestras investigaciones y lo que revelaban acerca de los delitos industriales.

Una aventura internacional oscura, criminal, judicial, dolorosa, en el centro de la cual no debería encontrarse un científico: esto es lo que relata esta obra escrita a partir del mayor expediente secreto —dos millones y medio de páginas— obtenido en tiempos modernos por la justicia de EE. UU. sobre esta cuestión, específicamente en 2017. Monsanto, una de las principales multinacionales de organismos modificados genéticamente (OMG), pesticidas y medicamentos, y ahora propiedad de Bayer, bajo investigación por introducirlos en el mercado. Mi nombre aparece en el expediente 55 952 veces a lo largo de 20 000 páginas. Durante quince años, centenares de partes interesadas rechazaron y denigraron mi labor como investigador. ¡Ver para creer! Yo era experto en la materia e investigaba estos temas para muchos Gobiernos. Desde 2012, miles de periodistas, agencias de comunicación y consultoras, grupos de presión, militantes pro- y anti-OMG, víctimas y políticos de todo el planeta han hablado de lo que se conoce como «El caso Seralini».

Yo hubiera preferido «El caso Monsanto» o «El caso Roundup». Para el público, este caso evoca imágenes de ratas con tumores

impresionantes, de las cuales existe un enorme archivo fotográfico que circula por todo el mundo. De hecho, como mínimo desde 2005,[1] la compañía intenta acabar con mi reputación y con una carrera repleta de descubrimientos en torno la toxicidad oculta de sus productos. Mientras tanto, el gigante industrial cambió de dueño y perdió miles de millones de dólares en causas sonrojantes. Siguiendo una estrategia comercial agresiva, lanzó el primer pesticida del mundo, el Roundup, y los OMG agrícolas —convenientemente modificados para que no fueran mortales— con el fin de simplificar los monocultivos intensivos.

Fue un huracán devastador. Tanto por vivirlo en primera persona como por tener que desenmarañar la tortuosa investigación que revelamos aquí, cuyo objetivo era defender la salud de todos nosotros y la de nuestro planeta. Imposible hacerlo solo. Este libro está escrito en colaboración con mi amigo y divulgador Jérôme Douzelet —camino ya de tres volúmenes—, que ha seguido todo el proceso con atención, desde mis descubrimientos, antes de ser puestos en tela de juicio, hasta mi salud y la de mi familia, las demandas presentadas, mis reuniones con los abogados estadounidenses, los horribles momentos de sufrimiento y las victorias inéditas. Hemos asistido conjuntamente a conferencias donde abordábamos estos temas delante de miles de personas, en numerosos países donde el «Caso» nos perseguía. A partir de aquí, el texto será en primera persona en aras de hacer más fácil la lectura.

A menudo, los periodistas o el público de mis conferencias me preguntan cómo ha cambiado mi vida después de haber

1. Fecha de la publicación del primer estudio de mi equipo que demostraba la toxicidad del Roundup —muy superior al glifosato que contiene— sobre las células humanas: Sophie Richard *et al*. Differential Effects of Glyphosate and Roundup on Human Placental Cells and Aromatase. *Environmental Health Perspectives*, 2005, 113 (6), pp. 716-720. Cf. MONGLY 00923758. https://ehp.niehs.nih.gov/doi/10.1289/ehp.7728.

denunciado estos hechos y a qué amenazas me he enfrentado —o me estoy enfrentando todavía— a raíz de mi trabajo de investigación. ¿Por qué? Varios documentales han tratado de explicarlo. Mi primera reacción es decir que yo nunca me he considerado un «informador», sino un mero investigador público que cumplía con su deber. He publicado las conclusiones a las que he llegado y, como haría cualquier profesor universitario, he dado las explicaciones pertinentes siempre que destapaba o descubría algo nuevo o grave. Informar e interactuar con el público forma parte del trabajo del docente-investigador, un aspecto en el que hizo especial hincapié un antiguo decano de mi universidad durante la Feria de la Ciencia. He sido víctima de todo tipo de amenazas, y de cosas aún peores, del tipo de los que practican los regímenes dictatoriales. Lo comprobé claramente durante la entrega del Premio Internacional al Informador en Alemania de 2015, gracias a las muy pertinentes imágenes que iba mostrando la maestra de ceremonias durante su discurso.

En mi entorno profesional, primero me enfrenté a la indiferencia cómplice, al negacionismo, al sarcasmo, incluso a una amable condescendencia: «Tú te lo has buscado. Te podrías haber dirigido a las autoridades». Menudencias, si lo comparamos con lo que iba descubriendo: crímenes llevados a cabo por propietarios de sustancias químicas con evaluaciones intencionadamente descuidadas o mal realizadas. A pesar del escándalo creciente, yo seguía avanzando con mi pesada responsabilidad como una bestia de carga, haciendo mi labor y contando con el apoyo inestimable de mi equipo cada vez que en comisiones oficiales otros me susurraban que «mi carrera estaba acabada». Tras mis conferencias, personas anónimas que decían estar muy bien conectadas dejaban caer amenazas contra mi familia o mi persona. En el terreno profesional, diversos cole-

gas me pidieron que no sacudiera más el tablero para evitar «descarrilar», al tiempo que algunos miembros de mi equipo sufrían todo tipo de presiones en el trabajo.

Entonces, de pronto, un antiguo presidente de la Asamblea Nacional me amenazó con abrir un expediente de investigación por «fraude» —un delito por el que podrían despedirme—. Un primer ministro exaltado, posteriormente exiliado en España, despertó al decano de la Universidad de Caen en busca de mis famosas ratas. Los fabricantes y sus expertos me atacaron en los medios, dirigiendo sus críticas más hacia a mi persona que hacia mi labor de investigación científica. En la dirección del Instituto Nacional para la Investigación Agronómica (INRA), se ensañaron contra mí: no querían activistas y, además, creían que mis publicaciones habían sido escritas por otros y, por lo tanto, que tenían que ser obviadas. Las advertencias se sucedían; unas versaban sobre que «podía pasarme algo». Mi perfil de Wikipedia cayó en manos de troles, que lo reescribieron con mala fe, citando a blogueros y no mis referencias científicas —un proceder que la enciclopedia electrónica parece aceptar—. Incluso el menosprecio más grosero puede dejar una mancha fosilizada en el seno de la comunidad científica: incita a que los indecisos te den la espalda, despierta dudas —un objetivo estratégico perfectamente definido—, lo cual, a su vez, te veta el acceso al tipo de financiación que requiere el trabajo de investigación que yo hago y que era obligatoria para la investigación experta necesaria sobre un producto tóxico antes de su comercialización, que a la postre generaría miles de millones en beneficios. Me insultaron a mí y a la gente que me apoyaba en las redes sociales, pidiendo mi dimisión de la Universidad de Caen. Este trabajo lo ejecutaron agencias de comunicación enteramente dedicadas a este cometido.

Distintas academias francesas, sin haber siquiera consultado a los expertos, tocaron a rebato y se pronunciaron sobre mi caso de manera precipitada, sin revisar mis resultados ni preguntarme al respecto. Inmediatamente después, emitieron sus opiniones en beneficio de distintas organizaciones en California, donde se votaba el tema de los OMG, algo que nunca antes había ocurrido.[2]

Me daba la sensación de que, de un momento a otro, aparecerían las fuerzas del orden para ponerme las esposas en el pasillo de mi propio laboratorio. Veinticinco camionetas de gendarmes perseguían a los manifestantes que seguían siéndome fieles en París, durante el primer juicio por la demanda que presenté por difamación. Mi trabajo de investigación y las fotografías de los tumores de las ratas que provocaba el Roundup —y los OMG que habían sido modificados expresamente para absorberlo— se vieron en todo el mundo en el lapso de unos pocos días, lo cual provocó que Rusia y otros países prohibieran de inmediato los OMG que yo había testado. En otros tantos países mi investigación fue objeto de duras críticas por parte de periódicos, organismos reguladores y distintas autoridades, desde Europa hasta Australia. ¿Qué leyes divinas había quebrantado para provocar tal cataclismo? No había afirmado que la Tierra no era redonda ni puesto en duda la presencia del hombre en la Luna. Me había limitado a describir con todo detalle los efectos sobre la salud humana, en dosis autorizadas, del principal pesticida del mundo.

En mi terquedad —como pocas mulas tienen, asegura mi coautor—, y habiendo verificado mis resultados centenares de veces, no daba mi brazo a torcer cuando mis allegados me pe-

2. Nota del traductor: aquí y a lo largo de toda la obra, se refiere siempre a las cinco academias francesas bajo la jurisdicción del Instituto de Francia.

día que lo dejara estar..., y me lo decían estando yo postrado en una cama de hospital, intubado hasta las trancas, en cuidados intensivos, exhausto y con magulladuras. Puede que en el fondo aquello revelase en mí una cierta inocencia infantil frente al poderío de empresas multimillonarias que estaban más que nerviosas por culpa de mis descubrimientos. O la sencilla voluntad de hacer —y acabar— bien mi trabajo, un valor que me habían inculcado mis progenitores.

Desde luego, sea como fuere, sí que evidenciaba el deseo, por un lado, de entender cómo y por qué había una incidencia tan alta de cánceres, de malformaciones infantiles, de deficiencias orgánicas mortales, renales o hepáticas, y, por otro, de saber si se podían evitar. Decidí dedicarme a algo que estaba por encima de mi propio interés.

Al final, si hiciéramos gala del mismo cinismo que ellos, podríamos dar las gracias a Monsanto, y ahora a Bayer, que sigue la ruta marcada. Gracias por haber desvelado sin querer vuestros actos, que desnudan la verdadera alma de vuestra organización, mediante los Papeles de Monsanto, pero también de las comisiones donde yo mismo trabajaba, o los grupos de presión a los cuales planté cara, hasta llegar a los tribunales. ¡Monsanto nos ha regalado una experiencia impagable, mostrándonos cómo ciertos directivos que nos disponemos a desenmascarar organizaron la desnaturalización de la ciencia, de la medicina y de los poderes públicos, ahogando todo sentido ético y espíritu crítico! Y todo en pro de sus intereses económicos cortoplacistas, que aniquilan ecosistemas, climas y la salud mundial.

Hemos comprendido la refinada maldad con la cual se secuestraba la normativa que supuestamente protegía a millones de personas, a cambio de un pico de ventas y extorsiones, y cómo se inflaban con dinero público las arcas de las petroquímicas. Y todo ello con el objetivo de hacerse con

enormes subvenciones para la agricultura intensiva, gracias a unas evaluaciones que eran una pura farsa. Se ha escondido la presencia de la mayoría de los venenos presentes en estos productos, y luego se han modificado genéticamente los cultivos alimentarios, siempre con idénticos fines. Esperemos que, ahora más que nunca, seamos capaces de identificar el programa asesino que no deben seguir las generaciones venideras y que los jóvenes de hoy se sigan manifestando para proteger el medioambiente y el planeta, luchando contra los pesticidas.

Toda esta presión y la apatía que caracterizaba a mi universidad me han alejado de mi puesto de trabajo en Caen. He seguido enseñando, pero, tras lo ocurrido —y por toda una serie de razones—, llevo a cabo mi trabajo de investigación mediante colaboraciones en otros lugares del globo. En primer lugar, y a pesar de los excelentes amigos y colaboradores con los que cuento, por el mediocre desdén que me ha tocado sufrir en las reuniones sobre el envenenamiento de seres vivos, de nuestros cuerpos y de la Tierra, un asunto que debería ser de gran interés para la educación y la investigación científica. Luego están los que no habían publicado más que una mísera vez en su vida —y sobre los temas más intrascendentes que uno se pueda imaginar—, pero que andaban tocando los cataplines con preocupaciones del calibre de a qué cuenta habría que asignar las fotocopias. Gente que, desde entonces, sigue con lo mismo de siempre, aunque yo sí que he avanzado gracias a ellos. He optado por seguir otro camino, esforzándome por aprender nuevas y mejores aptitudes en todos los rincones del planeta, así como por acceder a los últimos avances tecnológicos y saber utilizarlos, allá donde ya se estuvieran usando, es decir, nada de inversiones innecesarias. Esta posición da pie a interesantes e inéditas colaboraciones sobre temas de candente actualidad,

me libera de barreras o etiquetas estatales o industriales y me permite trabajar de manera independiente.

Hace ya tiempo que las universidades no pueden financiar proyectos de envergadura ni estudios que ayuden a comprender la toxicidad de productos ya autorizados en distintos países. Por suerte, hoy en día existen, en su lugar, fundaciones e iniciativas de micromecenazgo, con personas que subvencionan el trabajo de investigación independiente. La globalización posibilita, por primera vez, esta versión original y rápida del desarrollo del conocimiento.

En los laboratorios universitarios, en vez de interesarse por la biodiversidad, que está en vías de extinción, chocan con frecuencia —no siempre— con la pasividad de los mandamases, con estúpidas envidias, poco informadas, o con el miedo de remar a contracorriente. Por ejemplo, las trabas constantes que ponían a mis alumnos de doctorado durante sus tesis, haciéndolos pagar, así, mis intervenciones en televisión, dado que suponían un «estorbo» para el laboratorio, que esperaba recibir las migajas de los fondos privados, que no llegaban jamás. ¡Mis queridos colegas llegaron incluso a votar para quejarse y prohibir la presencia de los medios de comunicación en los espacios comunes! Querían chupar de mis ayudas privadas, destinadas al estudio de los efectos de la contaminación. Pero ¿por qué? Para compensar el enorme despilfarro en aparatos sofisticados mal conservados y que ya no servían para nada, sin técnicos formados ni presupuestos que les dieran salida. He presenciado cómo se ha derrochado el dinero del contribuyente sin sentido, en maquinaria inútil adquirida para acumular polvo. Mientras tanto, mis colegas no querían colaborar, como tampoco compartir equipos e ideas en un asunto que consideraban «demasiado polémico». Se acomodaban, por celos y sin mayores análisis, a lo que Monsanto decía de mí.

Por fuerza había de ser difícil trabajar sobre la toxicidad de los productos comerciales que ya habían sido autorizados por el Estado, cuya inacción respecto a las subvenciones para llevar a cabo esta labor iba en aumento. Se convirtió en una necesidad imperiosa deslocalizar ayudas técnicas y estudiantes de doctorado, debido a la falta de autonomía para divulgar estos temas de investigación entre mis estudiantes. Incluso cuando, paralelamente, mi grupo no paraba de recibir invitaciones de todo el mundo. Hasta publicando yo diez veces más de lo exigido, para que se me considerase docente activo en investigación básica. Necesitaba la libertad de responder ante los organismos de financiación, a menudo bajo el amparo de la Fundación de Francia, aunque mi jerarquía se resintiese. Y también presentar batalla en los procesos judiciales sin tener que rendir cuentas a aquellos elementos más desinteresados ni someterlos a presiones contra su voluntad. Si quería ir más lejos y publicar en las grandes revistas, tenía que familiarizarme con métodos modernos elaborados por apasionados expertos extranjeros.

Pues bien, esta es la vida de un «informador», obligado a seguir siéndolo a causa de lo que iba averiguando, cada vez más sorprendente. Ya habíamos visto la patita que asomaba bajo la cortina desde 2005, y ya el tobillo en 2012. Hoy, las cortinas han caído y el rey está desnudo. Hemos constatado la perniciosa nocividad de los pesticidas y de los OMG alimentarios fabricados para alojarlos. Pero, sobre todo, hemos destapado cómo los grupos de presión a los que íbamos a enfrentarnos nos lo ocultaban.

Si desea más información o adquirir el libro diríjase a:

www.octaedro.com

ÍNDICE

Prólogo. Defensa de nuestra alimentación, salud y libertad, pero también de la honestidad de la ciencia 9

Se sube el telón 19

Discovery 29

Itinerario de un informador 39

La explosión de 2012 51

¡Es verdad porque lo decimos nosotros! 57

La fábrica de mentiras 61

Retraction by corruption 71
- La planificación de la corrupción 72
- Huele mucho, pero no «todo huele» 81

El lado oscuro del ejército de sombras 85
- La *Bella Donna* 85
- Apuesta perdedora sobre los venenos escondidos 92

A pain in the ass 95
- Malas jugadas: mentiras y derrotas 96
- El circo del CIRC 97
- La elegancia según Monsanto 100
- Un pastel escondido debajo del mantel 102

La piedra angular del negocio de los OMG 105

¿Casualidad o paraguas búlgaro? 109
Y mientras tanto, en otros lugares, estaban de fiesta… 114

Seralini contra la «comunidad científica» 119
Los OMG podrían haber ser etiquetados en EE. UU. 127
La vigilancia ilegal sigue campando a sus anchas 128
Las redes seguían funcionando 129

Información tóxica: infiltraciones de los medios 133
Y *Marianne* plagió a *Forbes* 134
Más allá del Bósforo, Selim se enfrenta a la pseudociencia 140
¿Quién es el títere? 142

Una sociedad sin la ciencia de las manzanas podridas 147

Breve glosario de la cortina de humo 151

Lista de los principales personajes mencionados en el libro 157
El personal de Monsanto 157
Los que ayudan a la industria química y de los OMG 158
Los enfermos, o demandantes, y sus abogados 160
Los apoyos de Seralini 161
Los periodistas de investigación 162
Los políticos 163

Documentos de «El Caso Seralini» 165

Agradecimientos 169

Libros de los mismos autores 171
Gilles-Éric Seralini 171
Con Jérôme Douzelet 172